

quedó abandonado y en la mayor miseria. Un hombre bien acomodado llamado Dulac, se compadeció del pobre huérfano y le tomó á su cargo para que aprendiera el oficio de su padre.

Al cumplir Julian diez y seis años, Dulac le entregó cierta suma de dinero y le dijo: « Julian hasta aquí te has conducido bien; todos hacen elogios de tí, continúa del mismo modo. Aquí tienes esta cantidad que te doy para que recorras las provincias de Francia, pues es preciso que viajes para perfeccionarte en tu oficio. ¡Adios! y si quieres ser dichoso algun dia, que la honradez te acompañe cuando vuelvas, pues solo los hombres de bien pueden ser felices. »

Muchas lágrimas le costó á Julian dejar á su bienhechor. Púsose al fin en camino y viajó durante cinco años, portándose bien en todas partes; decidióse luego á volver á su tierra; el camino se le hacia largo cuando pensaba que iba á volver á ver los sitios donde habia pasado su infancia, y sobre todo por ver á su bienhechor.

¡Pero cuál fué su desconsuelo al llegar á la aldea! M. Dulac acababa de morir de repente.

Sobrecogióle la afliccion hasta tal punto, que por espacio de muchos dias no pudo hacer otra cosa sino llorar. Púsose luego á trabajar, pues no traia recursos, pero como volvía muy diestro en su oficio no le faltó que hacer. Acostumbrado á ser económico, alquiló una cueva reducida hasta que pudiera establecerse con mas comodidad.

Pocos dias despues llegó á su noticia que los herederos de M. Dulac habian llegado al pueblo y habian puesto en venta los muebles del difunto. Julian fué allá, no por curiosidad, sino por volver á ver la casa que habia habitado su bienhechor; al entrar en ella se le oprimió el corazon y se le saltaron las lágrimas.

Pero no tardó en mezclarse la indignacion con su dolor al ver que el sobrino y la sobrina de M. Dulac vendian los

menso, muy frio y casi desierto, que sirve de lugar de deportacion á los criminales, y especialmente á los reos de Estado.

muebles de un tio que tan bueno habia sido para ellos. « ¡Ay si yo estuviera en su lugar, decia, como lo guardaria todo y respetaria su memoria! »

Iba á marcharse de allí cuando oyó gritar: « ¡Tres francos el cuadro! » Era el retrato de su bienhechor, y al oír esto su indignacion subió de punto.

La angustia desgarraba su pecho. « ¡Oh qué ingratos! exclamó; ¡venden hasta el retrato de su tio! Pues bien, yo le compraré, yo.... la imágen del hombre que tanto bien me ha hecho no irá á parar á manos extrañas. »

Cinco francos era todo el capital de Julian, los ofreció y el retrato fué suyo

Llevósele en seguida para colgarle en su pobre cueva, pero le extrañaba en el camino lo pesado que le parecia. Al colocarle en la pared se rompió el clavo y cayó el retrato al suelo. Levántale Julian con cuidado, y ve que se habia desgarrado un poco la tela de detras y por la abertura sale un cartucho de dinero, le abre, y.... ¡oh sorpresa! encuentra en él cincuenta luises<sup>1</sup>; entre las dos telas habia otros cartuchos con igual cantidad, y el todo ascendia á doscientos cincuenta luises.

« ¡Cielos! exclamó Julian brincando en derredor de su tesoro, ¡ya soy rico! »

Pero pronto le atormentó una reflexion: « ¿Es mio este dinero? se dijo. Es verdad que me han vendido este cuadro, pero ¿le habrian dado por cinco francos si hubieran sabido que tal tesoro contenia? No, este dinero no es mio; es preciso entregarle á los herederos. »

Al formar esta resolucion, echó de ver que de en medio de los cartuchos habia caido por tierra un billetito que no habia visto ántes. Le coge, le abre, y lee lo siguiente:

« Mucho temo que sean ingratos mis herederos.... Si cometiesen la villanía de vender mi retrato, estoy seguro de que le comprará algunó á quien yo haya hecho algun bien;

1. Moneda de oro francesa, del valor de 20 francos.

por tanto, la cantidad que contiene será para él. Yo se la doy.

DULAC. »

La alegría de Julian fué imponderable, pues podía quedarse tranquilamente con aquel dinero, como lo hizo. El suceso corrió de boca en boca por todos los alrededores, y al saberlo los herederos, movieron pleito á Julian; pero la carta de su bienhechor le hizo ganar la litis, y los dos sobrinos fueron condenados á todas las costas, teniendo que sufrir despues las burlas de todo el mundo, á que dió lugar su avaricia y su ingratitude.

Julian colocó en la parte mas visible de su sala el retrato de su bienhechor y no pasó un solo día que no contemplara sus facciones y bendijera su memoria.

**La ingratitude castigada : Aufredi.**

[Siglo xvii.]

Hubo un tiempo en que la ciudad de la Rochela era tan rica y tan activa que cubria la mar con sus bajeles.

En aquella época dichosa, uno de sus comerciantes mas distinguidos llamado Aufredi, era á la par uno de sus mas virtuosos y preclaros ciudadanos.

Una probidad tan austera y una bondadosa indulgencia, su rígida economía y su caridad inagotable al mismo tiempo, eran tan raras prendas que Aufredi habia conquistado todos los corazones á la vez que aumentaba considerablemente sus riquezas. No tenia hijos, pero tenia algunos parientes mas ó ménos lejanos, y su generosidad para con ellos era la de un padre: ayudábalos en sus empresas; si conseguian alguna buena posicion lo debian á sus buenos consejos y á los recursos pecuniarios que jamas les negaba. De esta suerte todos le profesaban el mayor agradecimiento, y hasta exageraban los servicios que les habia prestado, queriendo hacer creer que todo se lo debian

á él, porque sabian que un buen corazon cobra atecto á medida del bien que hace.

« ¡Cómo le probaríamos nuestro agradecimiento, decian, si llegara la ocasion! » La ocasion se presentó en efecto.

La desgracia, rápida y terrible como el rayo, cae sobre Aufredi. Estalla la guerra; de doce buques que tenia en lejanos mares son capturados siete por los cruceros ingleses, dos se perdieron al querer escaparse, y los otros tres perecieron, ó al ménos no se tuvo noticia de ellos, pues el puerto en donde se habian refugiado, segun se supo, fué incendiado por los ingleses.

Una tras otra llegaron aquellas fatales nuevas en el espacio de pocos dias. Aufredi estaba arruinado; y con espantosa rapidez habia pasado de la opulencia á la miseria. ¿Qué iba á ser de él?

Encontrábase enteramente solo en aquella vasta casa, vendida ya y que era preciso dejar, y con febril impaciencia esperaba la visita de sus parientes, pero á ninguno vió. ¿Qué digo? ya no tenia parientes, pues al verle en la desgracia todos le desconocian. « Es cierto que hemos tenido algunas relaciones con ese imprudente que tan mal ha dirigido sus negocios, decian, hemos tenido á bien recibirle algunas veces, pero no somos parientes suyos, á Dios gracias. » Uno de ellos, que llevaba el mismo apellido que su bienhechor, habia hallado una explicacion ingeniosísima para negar el parentesco. « ¡Para que se vea hasta donde llega el orgullo de ciertas personas! ¿Pues no ha tenido Aufredi atrevimiento para quitar una *f* de su nombre para hacer creer que pertenece á nuestra familia, cuando su verdadero nombre es Auffredi con dos *ff*? »

Aufredi soportó con entereza los rigores de su mala suerte, pero la ingratitude de sus parientes despedazó su corazon y cayó enfermo. Transportáronle á una mala alcoba de una casa pobre, donde la larga duracion de su enfermedad agotó los escasos recursos que le quedaban. Ninguno de sus parientes fué á verle ni preguntó por él, pero los pobres obreros de la vecindad le prodigaron auxilios

asiduos y desinteresados. A ellos debió volver á la vida, débil, pero algun tanto consolado. Los solícitos cuidados de aquellas pobres gentes reanimaron su espíritu.

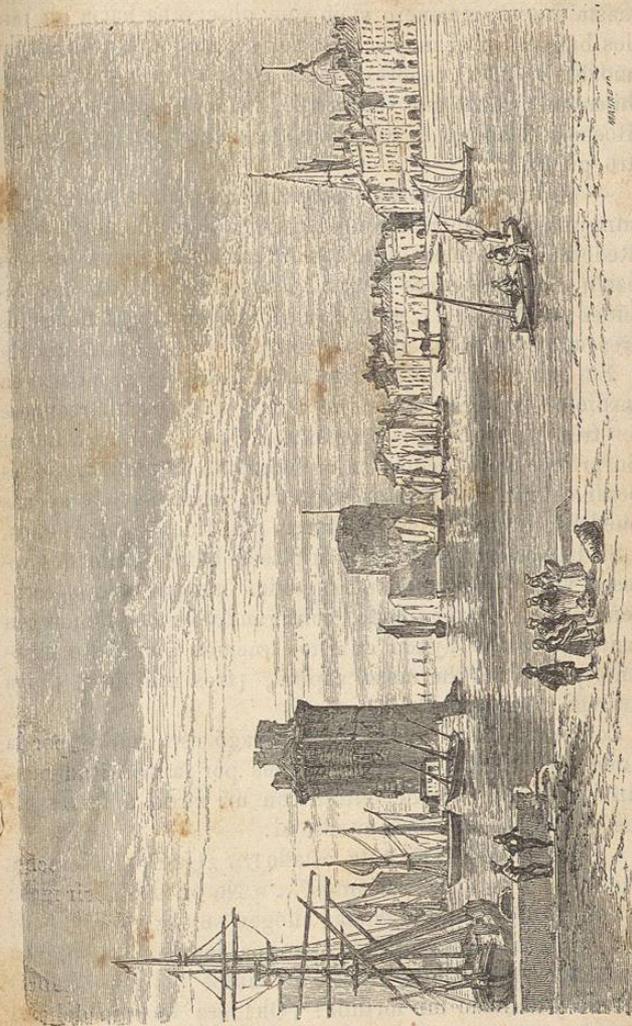
« En adelante, dijo, los pobres serán mis amigos, con ellos viviré, y trabajaré como ellos. En ese mundo brillante que me ha abandonado, ya no hay sitio para mí; pues bien, Aufredi no se rebajará hasta el punto de implorar su caridad, y viviré con el pan negro que yo gane. »

Se fué al puerto con una chapa de cobre en el ojal y servia de mandadero á los capitanes de los buques extranjeros; su conocimiento en diversos idiomas hizo su oficio bastante lucrativo. Los demas mozos del puerto le guardaban profundo respeto: no podian ver que cargara con fardos muy pesados, por lo cual se los quitaban á menudo y llevaban en provecho de él, quien en cambio les servia de intérprete, facilitándoles así mas su trabajo; existia entre ellos un cambio recíproco de buenos servicios.

Al verle pasar sus parientes por el puerto ó por las calles cargado con un fardo, desviaban los ojos y se encogian de hombros murmurando: « ¡Qué vergüenza! » Pero las personas sensatas y de buen corazon exclamaban: « ¡Qué valor tan noble! » y al pasar los jóvenes á su lado le saludaban con mayor respeto que en la época de su prosperidad.

Por espacio de cuatro años fué esta la existencia de Aufredi, penosa y admirable á la vez.

Un dia de verano, el mar estaba en calma y sus olas reflejaban los rayos del sol poniente; soplabá una suave brisa impregnada del olor del mar, y toda la poblacion elegante de la Rochela se paseaba por el puerto disfrutando del encanto de una tarde hermosa. En esto señálanse tres buques, y todos los anteojos se dirigen hácia la entrada de la rada. ¿A qué nacion pertenecen aquellos tres bergantines que apenas se divisan? Gran motivo fué éste de contradicciones. « Son noruegos, decia uno, con cargamento tal vez de brea y de madera. — Yo conozco el aire de los holandeses, dijo otro, ya vereis como traen especias de las



Puerto de la Rochela.

Malucas y té del Japon. » Cada uno emitia su parecer, hasta que un marinero viejo que observaba hacia un rato los buques en el mayor silencio, exclamó con acento conmovido : « No, señores, todos Vds. se equivocan; esos hijos del Océano que vemos allá, han sido bautizados en la Rochela. Y no me engaño, esas embarcaciones son de nuestro puerto.

— ¡De nuestro puerto! prorumpen muchas voces; pero ninguna casa espera buques: ¿qué ha sucedido entónces? » Redobla la atencion junto con la ansiedad; todos los ojos están fijos en los tres bergantines que se acercan con rapidez: « ¡Aufredi!... grita el marinero viejo, ¡ahí tienes los tres buques que se creían perdidos desde hace cuatro años! »

En esto entraron los tres bergantines en el puerto en medio de las aclamaciones de la multitud, y embarcándose los tres capitanes en una chalupa ligera, saltan á tierra. Su primer movimiento, en un momento de entusiasmo, es besar el suelo querido de su patria. Levántanse y apénas pueden contestar á las preguntas que llueven sobre ellos. « Sí, hemos escapado de los ingleses, hemos dado dos veces la vuelta al mundo, perseguidos muchas veces, escapando siempre, vendiendo, comprando ó revendiendo con ventaja, y con la ayuda de Dios traemos á nuestro excelente patron un hermoso capital, ¡tres millones! ¡Viva Aufredi, viva la Rochela! »

Con la celeridad del rayo se propagó esta nueva por la ciudad. Escoltados los tres marinos por la multitud buscan á Aufredi, y le encuentran con un fardo á las espaldas y su chapa de cobre en el ojal.

« ¡Qué es esto! ¡En este estado!... ¿Qué? ¡Los rocheleses!... ¡Y vuestros parientes?... » No pueden decir mas: la indignacion y las lágrimas ahogan su voz.

« ¡Amigos míos, mis fieles amigos, les dice Aufredi con reposado semblante, á traves de tantos peligros habeis salvado y doblado mi fortuna! ¡Oh! esa fortuna deberia ser enteramente vuestra, pero al ménos, aceptad la tercera parte, que dividireis con vuestros marineros. »

Todo el mundo aplaudió en la Rochela su liberalidad. Una vez que habia vuelto á ser rico Aufredi, no podian faltarle amigos ni admiradores.

« ¡Un millon! ¡Un millon! decian aquellas honradas personas que de repente habian vuelto á ser sus parientes; ¡eso es exorbitante! ¿Cómo puede nuestro tio (porque es nuestro tio) perjudicar de ese modo á su familia?—Y sobre todo, decia el de las dos ff, al único entre sus sobrinos que lleva su nombre y puede perpetuarle dignamente. »

Tuvieron la osadía de volver á su lado y cumplimentarle, no en la intimidad, porque no hubieran sido recibidos, sino en los salones de su antigua morada que habia vuelto á comprar inmediatamente, y que se habia visto obligado á abrir á las muchas personas que iban á felicitarle. Temian que el primer momento de la entrevista fuese terrible, pero se engañaron: Aufredi les recibió con una política fria que ellos tomaron como un resto de enfado fácil de vencer. La reunion era brillante y numerosa.

Despues de recibir sus calurosos cumplidos, se dirige Aufredi á los que le rodean y les habla así:

« En este momento solemne, ante lo mas escogido de mis conciudadanos, quiero hacer conocer mis resoluciones inmutables. »

A estas palabras sus primos sintieron latir el corazon de impaciencia y de temor á la vez; su suerte iba á salir de los labios de su pariente.

« Por el favor divino he recuperado una hermosa fortuna. Pero agobiado por los años y por el trabajo, sé que no la disfrutaré mucho tiempo; quiero darlo todo á mi excelente familia, á los que yo me complazco en llamar, segun su edad, mis hijos, mis hermanos. »

Ménos radioso brilla el sol en un cielo puro en el mes de julio que brillaron los semblantes de todos los primos.

« Sí, mi familia, continuó Aufredi con enternecido acento, mi excelente familia; éste es el nombre que doy á los pobres obreros de la Rochela; esos son mis parientes; han sido hermanos, hijos para mí; para ellos son mis sen-

timientos mas afectuosos y para ellos es la fortuna que Dios me ha devuelto. »

¡Qué desesperacion para los primos! el sudor corre por sus frentes lívidas. Las miradas de todos los circunstantes estaban fijas sobre ellos con expresion irónica. Preciso era beber hasta las heces de aquel amargo cáliz y oír el resto de tan cruel discurso :

« Divido mis bienes en tres partes iguales. La primera será distribuida desde ahora mismo entre todos los que me han cuidado durante mi enfermedad, entre los que me han ayudado en el puerto en mi dura faena, ó que con muestras de interes han reanimado mi espíritu abatido.

» Las otras dos partes, las guardo.... (á estas palabras respiraron los primos; una débil luz brilló en sus ojos) las guardo para construir y dotar un hospicio destinado exclusivamente á los obreros pobres de la Rochela y á las familias de los comerciantes que se vieren arruinados, porque por desgracia, no siempre bastan el trabajo y la probidad para precaverse contra la miseria. »

La construccion y direccion de aquel establecimiento de caridad ocuparon los últimos dias del virtuoso negociante. Aun existe el hospicio de Aufredi en la Rochela, rico siempre con la dotacion que legó su fundador, acogiendo exclusivamente á los infortunados para quienes le creó el digno negociante.

## § VI. BONDAD, INDULGENCIA.

### CELO POR EL BIEN DE LA HUMANIDAD.

Quien no ama á sus semejantes no ha conocido á Dios, porque Dios es el amor mismo. (SAN JUAN.)

#### La Rochefoucauld-Liancourt.

[1747-1827.]

El duque de la Rochefoucauld-Liancourt dedicó su existencia entera al ejercicio de la filantropía. Contar su vida

seria hacer la historia de todas las instituciones que tienen por objeto prolongar los dias del hombre, adelantarse á sus necesidades, aliviar sus achaques, aumentar su bienestar y mejorar su condicion purificando su moralidad. El fué quien introdujo en Francia la vacuna <sup>1</sup> y trabajó en propagarla con un celo que dió á este útil descubrimiento la fuerza necesaria para triunfar de la preocupacion, hecho por el cual merecia se colocase su nombre entre los bienhechores de la humanidad.

A fuerza de celo y de abnegacion consiguió la reforma de las cárceles, mejorar el régimen de los hospitales y el establecimiento de farmacias de caridad <sup>2</sup> donde se distribuyen gratuitamente medicinas á los pobres.

Introdujo en su posesion de Liancourt la perfeccion de la agricultura inglesa, estableciendo allí manufacturas de algodon que han servido de modelo á las que despues se crearon en Francia.

Su máxima favorita era que la mejor limosna que se puede dar al pobre es proporcionarle trabajo. Con este objeto fundó en Liancourt una escuela de artes y oficios, que sostuvo á su costa durante veinte y cinco años, y adquirió tanta importancia, que aunque habia sido fundada por un simple particular, llegó á elevarse al rango de instituto nacional, siendo adoptada al fin por Napoleon en nombre del país. Se la trasladó á Chalons donde hoy subsiste, y ha servido de modelo para las que se fundaron despues en Angers y Aix.

Inagotable era la beneficencia de este hombre que no solo no se limitaba á ayudar con sus consejos, sino con socorros pecuniarios y con su influjo; cuando era necesaria su cooperacion personal trabajaba por llevar á cabo sus proyectos y los de los demas con un ardor que no retrocedia ni ante las mas fatigosas tareas ni ante los obstáculos. Con-

1. Antes de la introduccion de la vacuna fallecian muchos niños de las viruelas. La vacuna fué descubierta por Eduardo Jenner, médico ingles.

que nació en 1749 y murió en 1823.  
2. En Francia llevan el nombre de *Dispensaires*.